

CADÁVER DE UN HOMBRE INVENTADO

ERIK JAVIER GONZÁLEZ MARTÍNEZ

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA (MÉXICO)

Fonseca, Marillen. (2021). *Cadáver de un hombre inventado*. México, Paserios Ediciones / Nueva York Poetry Press.

Cuando leí por primera vez *Cadáver de un hombre inventado* de Marillen Fonseca, mención honorífica del Premio Nacional Germán List Arzubide en su edición de 2019, la primera palabra que se me vino a la mente fue huérfano: su raíz etimológica proviene del griego *orphanos*, cuyos principales usos referían a alguien sin padres, sin guía, abandonado o privado de alguien o algo que se tenía o se deseaba. En este poemario, pensé, hay una minuciosa impronta por plasmar una voz huérfana: un yo que habla de la carencia del padre y que está en busca de un lenguaje para nombrar a esa carencia.

Nunca aprendí a usar la palabra padre
No supe formar oraciones con ella.
Siempre estuvo rodeada de espacios en blanco (29).

Esta voz huérfana se manifiesta en un conflicto que trasciende el ámbito familiar para formularse como un problema con el lenguaje mismo. El poemario es un ejercicio vital que trata de resarcir el vacío, a través de la escritura:

Voy a inventarlo. Voy a crear a mi padre
de la costilla de un sustantivo.
A imagen y semejanza dibujaré su cuerpo
en el hospital donde nací.

Tendré un padre hecho de grafito (21).

Sin embargo, ese padre de grafito no conlleva a la restitución de la ausencia. Antes bien es el inicio de la voz huérfana. Una voz que se duele y al mismo tiempo testimonia, en tonos que van de la denuncia a la nostalgia, una crónica del abandono.

Mamá dice que papá buscaba a su padre.
Que un día tomó su carro
y se marchó para buscarlo en la Sierra,
pero nunca lo encontró.
Esa es su herencia: la búsqueda inútil de lo que no tiene
coordenadas geográficas (20).

En *Cadáver de un hombre inventado*, asistimos a una escritura que busca reparar una ausencia que se remonta a dos generaciones. Esta ausencia heredada es, de hecho, el lugar mismo donde se enuncia la voz huérfana, una voz que se proyecta como el doble del padre, que también fue abandonado. Pero si este va en busca del rastro de su origen, la voz, en su lugar, utiliza las palabras para otorgarle una apariencia a lo que pareciera condenado al olvido y el silencio. Marillen en este libro esboza un árbol genealógico del desarraigo y la ausencia familiar, cuyas ramas trazan apenas el postergado reconocimiento de la filiación carnal. Un árbol imposible en el que son visibles las huellas de búsqueda y, en ellas, el presentimiento de que esas mismas personas habitaron, sin saber dónde, un mismo espacio. Así, el padre ausente encarna el espacio mismo de su desarraigo:

La ciudad es tu cuerpo.
Trazaste sus avenidas
con tus pies descalzos.
La extensión de sus banquetas
es igual a la duración de tus sueños.
Las grietas de las calles
son tus heridas.

[...]

Tus ojos son el mapa:
Acapulco es una ciudad ahogada
en una botella de alcohol (30).

La teórica de poesía Mutlu Konuk Blasing, al hablar del yo lírico, señala que a quien se lee no es simplemente una voz, sino que lleva consigo una historia de apropiación del lenguaje; una historia de cómo ha adquirido sus capacidades de habla, y que no se reduce a la enseñanza de la gramática, sino que abarca la experiencia vital misma. En otras palabras, los poetas hablan con una lengua materna en la que exhiben su propia condición como seres insertos en el lenguaje. La voz que despliega Marillen muestra que, ante la falta de ese referente de origen, su tarea consiste en la restitución de la memoria. Aunque se trate de una memoria ausente: “Se puede inventar un cuerpo a través del sueño, como nos enseñó Borges. Le enseñaré a pronunciar mi nombre, a reconocer mi rostro entre el resto de la gente. No será necesario imponerlo a la realidad, bastará con implantarlo en mi memoria.” (22).

La voz huérfana echa mano de la ficción para entablar el reconocimiento con su padre, y posibilitar que en ese espacio ocurra también el acto mutuo de nombrar. El poema funciona entonces como un puente que facilita el encuentro entre esas dos identidades que en el mutuo nombrarse subvierten el vacío y la distancia. Queda, sin embargo, el trauma de la ausencia, que deja su huella tanto en el padre extraviado como en la voz huérfana:

Una vez conocí el cuerpo de mi padre:
su piel era una sábana blanca;
su boca, una mascarilla;
y su estatura tenía la medida exacta
de una cama de hospital. (31)

Con un cuerpo deteriorado que encarna en sí mismo el olvido, la figura del padre convaleciente en el hospital es la alegoría de una memoria en vías de extinguirse. Una memoria que sin palabras solicita en su agonía no ya el perdón, sino acaso su rescate, ganarse un sepulcro y no ser un cuerpo más que se apila en la fosa común. Este gesto de dar sepulcro al padre extraviado es quizá uno de los desarrollos más dramáticos de la obra de Marillen: otorgar, a través de la palabra, no solo un lugar de reposo sino también de encuentro; un espacio para que ese cuerpo, reimaginado innumerales veces, habite por fin un sitio preciso y que ese espacio sea, a su vez, un lugar de comunión entre la voz doliente y el ausente. El sepulcro del padre es el libro mismo. Las palabras con las que se construye su rostro, su cuerpo, incluso su misma falta de lenguaje. Porque el padre en Marillen es un personaje mudo, el olvido mismo lo ha hecho enmudecer. La imaginación que obstinadamente le dio forma una y otra vez lo hace callar, lo hace expresarse solo como cuerpo presente, como metáfora de un padecimiento generacional que denuncia la ausencia, la incomprensión, la imposibilidad de comunicación entre padres e hijos. Se trata de un cuerpo que se vuelve indecible en la medida en que este huye o trata de evadir su nombre.

La enfermedad de papá es lingüística.
Deficiencia en el significante.
Su cuerpo se deteriora
por no ser nombrado (38).

El padre enferma en tanto que su nombre es postergado. Aquí es donde la palabra de Marillen hace una revelación acerca de un devenir masculino. Si bien es un padre mudo, las palabras logran dar atisbos del conflicto que sucede en su interior: lo doblé el peso de un nombre y un hogar deshabitados, un nombre que lo persigue acorralándolo en la mudez, un nombre que le otorga identidad y, no obstante, le es negada. Persistir en esa negativa es la que finalmente lo convierte en un ser ilegible, en una palabra borrada: Papá estaba desnutrido de lenguaje e infectado de silencio.

La figura del padre en este poemario está en los límites de una realidad apenas nombrable: es un hombre que busca a su padre y en esa búsqueda se convierte él mismo en un fantasma, un fantasma que ha perdido el contacto con su familia y el habla. Quien cuenta su historia es su propia descendencia, una voz doliente que denuncia el abandono y construye para sí misma un espacio de encuentro con ese fantasma. El padre se convierte en un producto de esta voz doliente. Toma forma sólo a través de sus palabras. Es la hija la que finalmente niega su herencia e invierte los papeles. Se convierte así en la progenitora de su propio padre.

La voz doliente, al contrario de su padre, no se permite el olvido. Nombra y señala una ausencia, una herida que el mismo acto de nombrar intenta suturar.

Cadáver de un hombre inventado arroja una serie de preguntas complejas acerca de la orfandad y su escritura restitutiva: ¿Cómo es la figura del padre que produce una escritura de tal índole? ¿Qué palabras son las que finalmente le dan identidad a este? Creo que se trata de un padre que se niega a sí mismo y que vaga en busca de su propio sentido, una búsqueda que, mientras más se prolonga, el único sentido que arroja es el de la propia negación. Sin duda, el poemario de Marillen Fonseca invita a los lectores a replantear los problemas de representación de la figura paterna.